

EL SANTIAGUILLO

BOLETÍN OFICIAL DE LA NAO SANTIAGO

Suplemento Mes del Mar en el mes de Mayo del año de N. S. de 2005



Desde la Cámara de la Esmeralda

Don Cornelio Guzmán, Cirujano de la Esmeralda, sus recuerdos e impresiones (Homenaje de la Nao Santiago a los Héroes de Iquique)

Introducción

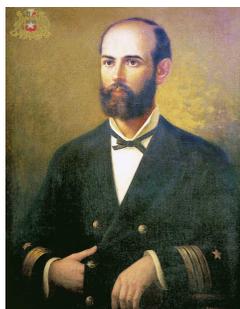
En las primeras horas de una tarde reciente, bajo un cielo nublado y frío que predispone el alma y los nervios a la evocación de los tiempos pasados, de los viejos y caros recuerdos, hemos ido a conversar con ese sobreviviente único y especial, sorprendiéndolo en el fondo del retiro impenetrable en que su modestia lo ha encerrado tenazmente durante veinticinco años.



Suya es la relación que nos atrevemos a presentar a continuación. Es decir, tiene todo lo suyo que nuestra memoria ha tenido la suerte de retener a través de los quince minutos de su conversación gráfica y animada, rápida y vibrante por la emoción de esas reminiscencias tan tristes y gloriosas a la vez.

El Relato

En la noche del 16 de mayo todos los comandantes comieron a bordo del Blanco Encalada. La escuadra entera de Chile estaba fondeada en Iquique. Su almirante meditaba quién sabe qué plan misterioso para destruir de una vez por todas al Huáscar, aquel fantasma que se mostraba con formidable rapidez a la vista de todos los puertos de la costa de Chile. Esa fue la noche elegida para el consejo de guerra. Todos los oficiales ignoraron lo que pasó en él.



El cirujano de la Esmeralda, que había quedado en la cámara de los oficiales del blindado, regresó a su buque ya tarde de la noche con el comandante. Sentado en la popa del bote, Prat miraba el puerto peruano sumido en la oscuridad y meditaba profunda mente.

Durante la travesía no despegó los labios.

Al día siguiente los tripulantes de la corbeta experimentaron la mas profunda sorpresa al ver desiertas las aguas de la bahía.

Toda la escuadra habla partido durante la noche sin que nadie se apercibiera. Solo quedaba la Covadonga acompañando a la vieja corbeta en el bloqueo.

La escuadra chilena había ido al Callao en demanda de la flota peruana, según se supo después en la corbeta. Prat quedaba entregado a

su propio riesgo y espuesto a un golpe de mano de los blindados peruanos.

Era esa talvez la causa de la profunda meditación en que estaba absorto cuando volvía de despedirse para siempre de sus compañeros del resto de la escuadra.

Durante todos esos días la vida no se alteró en lo más mínimo. El capitán seguía en cerrado en su cámara estudiando siempre.

Los oficiales y la tripulación continuaban el ejercicio de mar y guerra, amaestrando, a los jóvenes tripulantes de la corbeta que por permisión del destino debían, siendo reclutas, morir como viejos veteranos.

Prat tenía la visión profética, puede decirse, de la profunda influencia que los torpedos, cuya acción indecisa empezaba recién a darse a conocer, deberían tener en las grandes guerras futuras.



Una mañana hizo venir a su presencia al joven cirujano del buque y le interrogó largamente sobre las materias químicas que tenía la botica y sobre la posibilidad que habría de tener torpedos con que rodear el buque y garantizarlo de todo ataque a espolón. Desgraciadamente esos útiles no estaban completos a bordo.

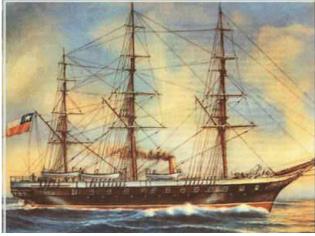
El comandante había estudiado todos esos días, indudablemente, la posibilidad de usar los terribles torpedos. Ese hondo presentimiento, que según los psicólogos nace en todos los seres poco antes de un acontecimiento trascendental, se abría camino, en el alma del héroe.

El 20 de mayo todo seguía en calma en la bahía, ni un humo ni una vela anunciaban en el horizonte la proximidad de algún navío. En la corbeta, la ríjida y severa disciplina se cumplía como todos los días.

Tripulaciones y oficiales seguían trabajando. ¿Dónde estaba la escuadra? Nadie lo sabía. Talvez a esas horas se batían frente al Callao, talvez en esos momentos algunos navíos bajaban al abismo acribillados de balas y atestados de heridos, mientras arriba se decidía la supremacía de la guerra y del océano.

El capitán hizo ese día reunirse sobre la cubierta a los jóvenes guardia-marinas y les ordenó hacer ejercicio de semáforo.

- Guardia-marina Wilson, dijo: Tradúzcame en el semáforo estas palabras: *“En el día de mañana la escuadra chilena se cubrirá de gloria”*. Calculaba él que ese día la flota de blindados chilenos daría en el Callao con los veloces buques peruanos y acabaría de un golpe con ellos. Pero la gloria estaba mas cerca de lo que se pensaba. Los tardos blindados debían cruzarse en su inútil viaje con la escuadra peruana que ya estaba encima. La inmortalidad se acercaba a marchas forzadas para el capitán chileno que se creía mui lejos de ella.



El Violín de Riquelme

Esa noche hubo una pequeña fiesta en la cámara de guardia-marinas. Fueron convidados a comer dos o tres oficiales y el cirujano. ¡Era la última comida a bordo de la corbeta! Se charló con animación, algunos, entre ellos Riquelme, hicieron recuerdos de su estadía en Londres y en otros puertos de Europa. Riquelme hacia proyectos de volver allá en cuanto terminara la guerra.

Luego Riquelme sacó su violín y se dispuso a dar un pequeño concierto. Trozos de óperas, canciones del país fueron brotando májicamente y esparciéndose por los ámbitos del barco a impulsos de los dedos ájiles del jóven guardia-marina que debía disparar el último cañonazo pocas horas más tarde.

Mientras Riquelme ejecutaba como un consumado maestro, poniendo toda su alma en su último concierto, en el último rato de esparcimiento que debía tener en su vida, todos habían callado y meditaban.

Los acordes alegres, ora quejumbrosos de esa música penetrante, evocaban para todos el recuerdo de la patria y de los seres queridos. ¿Quién sabía si los volvería a ver o no? ¿Acaso cada noche no se dormían pensando que talvez aquella sería la última?

Riquelme, con su cara de niño, también soñaba mientras dejaba resbalar el arco. Allá lejos, mui lejos, en el corazón de la patria, percibían talvez los ojos de su alma en esos momentos alguna visión misteriosa y divina, la soberana de su romance que debía tener un final de sangre y lágrimas.

La tripulación había ya rezado las plegarias de la tarde. Resonó el toque de silencio. Riquelme enfundó su violín y enjugó las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente. ¡Había terminado la última serenata que aquellos héroes enviaban desde lo íntimo del alma a sus amores y sus recuerdos del hogar lejano!

La Esmeralda, envuelta en las sombras, mecida apenas por el débil oleaje de la bahía, dormía momentos después el sueño final de su carrera de glorias por la superficie de los mares.

Al día siguiente, apenas hubo claridad bastante, los anteojos de los oficiales y los vijías de los palos, escudriñaron el horizonte en busca de algún barco amigo o enemigo. La falta de noticias de lo que estaba pasando fuera del puerto, traía ya inquietos a todos.

De repente un humo y luego otro, se diseñaron allá a lo lejos bajo el arco del horizonte. Ellos fueron acercándose resueltamente en demanda del puerto. Todos los corazones palpitaban fuertemente.

A las siete de la mañana, el teniente Uribe, segundo de abordó, exclamó:

- *Mi comandante, distingo perfectamente el trí-pode de proa del Huáscar.*

Prat tomó el antejo y dijo sencillamente:

- *En efecto, es el Huáscar.*

Luego, volviéndose a su segundo, ordenó tocar zafarrancho de combate.

Todo el mundo corrió a su puesto a preparar lo necesario para la lucha desigual que iba a entablarse. Nadie dudaba de que se iba a una pérdida segura, pero todos estaban dispuestos a no rendirse.

Mientras la corneta de zafarrancho paseaba sus acordes de muerte por el buque, el capitán, que estaba vestido de mañana con su ropa más usada, bajó rápidamente a su cámara. Allí dejó en orden sus papeles y se vistió con el uniforme de media parada. Puso en el bolsillo de su pecho los retratos de su familia y una imájen de la Vírjen del Cármen, y volvió a subir al puente de mando con la espada desenvainada.

La tripulación estaba ya en su puesto. Los sirvientes de los cañones esperaban delante de éstos la orden de disparar. Abajo en la cámara de guardia-marinas, se preparaba todo lo necesario para recibir a los heridos.

El cirujano, ayudado del contador, del practicante y del dispensero, tendía colchones por tierra y preparaba vendajes. Desde su puesto, mirando hacia arriba por la claraboya, podía distinguir al comandante de pié sobre el puente de popa. La corneta cesó de repente su toque de zafarrancho y ordenó silencio.



Prat estaba intensamente pálido. Paseó su mirada tranquila y serena por la tripulación que esperaba la orden de entrar en combate. Miró a los acorazados peruanos que se agrandaban cada vez más en lontananza y dijo, más o menos, estas palabras:

“Muchachos, la contienda es desigual, pero recordad que hasta ahora ningún buque chileno se ha rendido. Mientras yo viva no se arriará la bandera, y espero que después de mi muerte, mis oficiales sabrán cumplir con su deber.”

Y quitándose la gorra con suprema elegancia y cortesía, gritó:

— *¡Viva Chile!*

La tripulación entera contestó con unísono ¡Viva Chile! y siguió lanzándolo como un desafío supremo, como un reto al destino frío e implacable que los condenaba allí a morir irremisiblemente.

Los ecos de esos vivas llegaron a tierra anunciando a los pobladores de Iquique que la tripulación de la Esmeralda se rebelaba contra su suerte ya decidida, y cargaba a pecho descubierto contra la muerte y la destrucción que le traían en sus vientres de hierro los blindados del almirante Grau.

Nuestro informante ya no vio más de lo que pasaba en torno del buque. En cada pasadizo un centinela prohibía bajo pena de muerte salir ni moverse a ninguno de los que tenía marcado su puesto al interior del casco.

El Último Ejercicio de Tiro

A las ocho en punto de la mañana, se oyó el primer cañonazo. Hasta ese momento había reinado un silencio de muerte en todo el buque. Inmediatamente la corneta de mando ordenó romper el fuego.

Como si estuvieran a bordo de un gran acorazado en un tranquilo ejercicio de tiro, los artilleros de la Esmeralda disparaban fríamente, midiendo las punterías a tres mil metros. Las cornetas ordenaban fuego a babor o fuego a estribor, con pasmosa regularidad.

Aquellas balas iban a arañar apenas lo flancos invulnerables del blindado peruano. Al menos, le destruían en su rabia impotente, los botes y cuanto objeto tenía sobre cubierta.

Durante dos horas ninguna bala del Huáscar dio en blanco. A bordo no había un solo herido. En cambio, los disparos chilenos seguían bariendo matemáticamente la cubierta del monitor peruano, como una última protesta contra la suerte que entregaba a aquellos brillantes artilleros en su casco de madera carcomida y con cañones propios sólo para salvar de honor, a la merced de su poderoso rival. En la Esmeralda nadie quería reconocer la superioridad del enemigo que tenían al frente.

Con un desprecio sublime de la vida, aquellos héroes se creían batiéndose de igual a igual en un acorazado contra otro acorazado. Y seguían enviando a toques de corneta con sus viejas piezas torrentes de inútil metralla contra la fortaleza flotante que aún no podía destruirlos.

A las diez en punto de la mañana la cámara de guardia-marinas, convertida en hospital, tuvo su primer herido. Una enorme bala de a 800 acababa de pegar medio a medio del barco y lo había atravesado de parte a parte. Este primer herido era un marinero.

Los disparos del enemigo fueron cada vez más certeros y los heridos siguieron llegando en sucesión ininterrumpida.

El primer cañonazo enemigo produjo un incendio a bordo. Nuestro informante sintió entonces el toque de orden a la brigada de salvamento organizada en el interior del casco. Siguiendo el estricto orden de ejercicio que Prat había dado al combate, esa brigada acudió inmediatamente y apagó el incendio.

Los cañones seguían disparando sin tregua. Las trepidaciones del barco aumentaban cada vez más a impulsos de los balazos que recibía. Desde la cámara se sentía crujir el techo con ruidos alarmantes. Eran los cañones que se iban hundiendo sobre la cubierta de madera, cuyas débiles tablas cedían al estremecimiento de tanto y tanto disparo.

Adentro nadie sabía lo que estaba pasando.

Los Centinelas de la Muerte

De repente, el barco osciló y pareció darse vuelta, mientras que todas sus piezas crujían con un chirrido formidable. Poniéndose de pie medio aturcidos por el golpe, los que estaban en la cámara trataron de salir a cubierta, pero el centinela estaba allí en el pasillo, tranquilo y frío, resuelto a defender hasta la muerte su consigna inexorable.

Al fin un marinero que pasa llevando municiones a los que combaten dice que esa trepidación ha sido producida por un balazo en el palo mayor. En algunos momentos de calma siguen llegando a los oídos de la cámara los toques de corneta. Solo que esta vez el fuego se siente más débil, como si hubiera ya menos cañones a bordo. Los heridos han cesado de bajar. Sin duda la jente disponible es ya muy escasa.

Poco después, un choque más tremendo y formidable que nunca.

Un ingeniero pasa diciendo que el agua empieza a llenar las calderas y vuelve a su puesto porque el centinela tiene orden de que no se mueva nadie de su puesto y cruza su bayoneta en el camino. Igual cosa hacen todos los centinelas del interior del barco.

Después del segundo choque, se siente un ruido terrible a bordo, como si un torrente de agua se precipitara al interior.

El cirujano se precipita al centinela para preguntarle si sabe algo de lo que pasa. El hombre ha quedado allí inmóvil, sin soltar su rifle, afirmado contra la pared. Una bala acaba de matarlo. ¡Y ya cadáver, fiel a la consigna, sigue montando la guardia como en vida!

El Saludo a la Bandera

El cirujano se lanza entonces sobre cubierta. El espectáculo allí es horroroso. Los cañones están tendidos, dados vuelta como enormes monstruos marinos que mueren boca arriba.



La tripulación de cubierta está casi deshecha. El Huáscar se aleja lentamente andando para atrás. Sobre su cubierta se ve un hombre que avanza hacia la torre blandiendo su espada.

Es Serrano. Más atrás de él, un grupo de marineros, serán seis u ocho, rifle en mano, se dan vueltas sin saber dónde ir, viéndose cortados del resto de sus compañeros. Luego



se lanza sobre la torre. Un torrente de humo los envuelve y después no se ve a nadie en la cubierta del monitor que se aleja.

La tripulación empieza a concentrarse en la popa. Solo queda a lo lejos, entre el humo y las llamas, el niño Riquelme disparando el último cañón disponible del buque.

A popa está formada la guardia de la bandera. El corneta sigue tocando ataque.

Allí también está la brigada de abordaje de Sánchez que no alcanzó a cumplir su propósito por haberle tocado a la de proa con Serrano la suerte de ganar la inmortalidad.

El cirujano sabe entonces que el comandante Prat ha muerto, que el abordaje ha sido cuestión de tomarse de las escaleras del palo del buque peruano que no sabía espolonear buques de madera, sino costados de acero, y que por eso quedaba algunos minutos sin poder desprenderse.

En tanto el hundimiento del buque se hace cada vez más rápido. La fusilería sigue disparando. Los oficiales que aún viven, empiezan a llegar de diversas partes a morir en torno de la bandera.



La guardia sigue formada en torno del pabellón que no se arriará. El corneta toca más furioso que nunca a degüello. Es el mismo episodio del Vengador, que cien años antes se hundiera en las costas de Bretaña bajo los

fuegos de toda la escuadra inglesa, con su pabellón clavado al tope mientras su jente cantaba la Marsellesa.

Aquí los chilenos se diferencian en su abordaje al enemigo, y en que la Marsellesa es reemplazada por el toque de degüello.

De las calderas y demás departamentos del interior del barco, nadie subió en aquellos momentos supremos.

¡Y debieron hundirse en su puesto con el más sublime de los heroísmos mientras los centinelas seguían paseándose impasibles ante la muerte que se les venía encima a pasos de gigante!

De repente, una bala se llevó al corneta por la mitad del cuerpo, salpicando con su sangre a los que lo rodeaban. Cesó entonces el toque de muerte de los chilenos que ahí se hundían,

y todos esperaron en silencio el trance supremo. Riquelme volvió a disparar contra el barco que se le venía encima y no se supo más de él. Era el último saludo al pabellón que se hundía, clavado en su puesto de honor.



El Hundimiento

- Sentimos que el "Huáscar" nos pegaba en el costado, dice nuestro amigo, y el hundimiento fue verdaderamente instantáneo. No nos dimos cuenta sino de que una ola inmensa se venía encima, nos envolvía y nos arrastraban al abismo. La Esmeralda se había partido en dos.

- Pasamos algunos instantes de densa oscuridad en que el agua nos zumbaba en los oídos. Luego aquellas sombras parecieron disiparse. Cesó la mortal agonía que amenazaba con hacernos reventar y nos encontramos brotando a la superficie del mar, lisa y tranquila, como si nada hubiera ocurrido en ella.

- Luego fueron saliendo unos treinta compañeros. Sentimos dos descargas de fusilería cuyas balas se hundieron en el agua sin hacernos daño en torno nuestro y nos miramos las caras formando una especie de círculo. De 210 hombres, solo quedábamos 33.

- Los objetos del barco fueron flotando poco a poco en torno nuestro. Las tinajas de combate, principalmente, fueron poderoso auxilio. Esas tinajas eran colocadas en los barcos antiguos tras de los cañones, a fin de evitar que se caldearan con el continuo disparar.

Esas tinajas y algunos coyotes fueron cedidas a los heridos que estaban con nosotros, y ya en la violencia del hundimiento nadie pudo salir del interior del buque. En eso vimos que el Huáscar se alejaba resueltamente sin socorrernos. Estábamos a seis cuerdas de tierra y de allá nadie venía.

Final

El impulso estaba dado ya.

El ejército y la marina de Chile tenían marcado el límite del heroísmo y sabían la fórmula matemática que debían aplicar en todas sus campañas. Y la aplicaron, y ganaron la guerra.

Debemos estas impresiones del combate a una persona digna y modesta, que hasta el último momento nos ha suplicado como un servicio personal que borremos su nombre de tal relación.

Le pedimos perdón por no cumplirle lo prometido, pero nos creemos sin derecho a ocultar al público el nombre del valiente y abnegado cirujano de la Esmeralda que siguió después toda la carrera de triunfos de nuestra bandera: el doctor don Cornelio Guzmán, hoy jefe del servicio sanitario de nuestro ejército.

